



Ausencia de institucionalidad, un error que se repite

Andrés Cañizález*

Al avanzar el año 1999, en medio de un acelerado proceso de transformaciones institucionales que tenía a la cabeza a un Hugo Chávez recién posicionado como presidente, se abrió campo para un nutrido debate que intentaba hacer balance de los cuarenta años del sistema democrático en Venezuela.

Había una clara necesidad de explicar qué había ocurrido en el país, ya que Chávez y su revolución bolivariana simbolizaban una clara ruptura. En aquellas lecturas se ponía acento en los yerros tempranos del chavismo en su ejercicio del poder, reproduciendo los errores que precisamente habían debilitado al bipartidismo. Venezuela daba (y sigue dando) vueltas sobre sus problemas de siempre.

En un artículo titulado “Instituciones, ciudadanía y sociedad civil: ¿Qué hemos aprendido o desaprendido en estos 40 años?”, Luis Gómez Calcaño apunta en esta dirección. Este texto fue publicado en la edición de septiembre-octubre de 1999 de la revista SIC.

Gómez Calcaño identificó tres rasgos en el naciente ejercicio del poder por parte del chavismo que –a su juicio– dificultarían una verdadera reconstrucción institucional en Venezuela. Desde el inicio se apuntaba a repetir esquemas fallidos del período 1958-1998. Para este estudioso vinculado al Centro de Estudios para el Desarrollo (Cendes), resultaba clave la ausencia de institucio-

nalidad para explicar lo que comenzaba a germinar en el país durante ese año 1999.

Un primer rasgo indicado era el mesianismo de Chávez, el cual terminó por suplantar a un modelo institucional fallido. La persona por encima de la institución fue una práctica común en aquel momento. Se pensaba desde el poder que colocando a nuevas personas “comprometidas con el pueblo” en posiciones institucionales claves, eso, por sí solo, pondría fin a la corrupción. El punto de inicio del chavismo (y ello fue una de las razones de peso que le llevaron a un triunfo electoral) encontró a instituciones democráticas en medio del más profundo descrédito.

La notable debilidad institucional que distinguía al momento país en 1998-1999 tuvo como respuesta el mesianismo y el personalismo. Chávez, con su potente discurso público, parecía ser (él como persona y líder) la única respuesta a múltiples problemas. Se perdió la oportunidad de re-institucionalizar al país. Al contrario, el nuevo esquema de poder aprovechó ese momento pero lo usó para moldear las instituciones según lo dictara el mesías político.

Un segundo rasgo, a juicio de Gómez Calcaño, lo constituía la profundización de la cultura clientelista. Amplios sectores de la sociedad venezolana habían asumido una relación de dependencia con el Estado, ya que eso pasó a ser un asunto medular

del bipartidismo a partir del primer *boom* petrolero de 1974.

Un tercer y último rasgo sobre la debilidad institucional que por un lado heredaba el chavismo y que por el otro Chávez terminaría profundizando, se ubicaba en la inexistencia de partidos políticos modernos en Venezuela. Los dos partidos emblemáticos del período 1958-1998, Acción Democrática y Copei, eran al iniciarse el chavismo una suerte de caricatura de las agrupaciones que décadas atrás habían liderado la modernización del país. La debacle partidista fue un factor determinante en la erosión institucional que se vivió en Venezuela, como preludio del ascenso de Chávez al poder.

Un chavismo caracterizado por un liderazgo mesiánico y el clientelismo como forma de interacción con el ciudadano no iba a generar, por razones obvias, un partido moderno. En aquel 1999 existía el MVR que en realidad se había creado un año antes, ante la presión de las autoridades electorales para que Chávez pudiese inscribir su candidatura. El partido hecho bajo los designios del líder, una negación de la institucionalidad y otro error en el que incurrió la revolución bolivariana para llegar al poder y que luego, con el pasar de los años, terminó profundizando.

*Miembro del Consejo de Redacción de la revista SIC.